

Querido Hermano Mayor de la Pontificia, Real, Ilustre y Devota Hermandad de Nuestra Señora del Rocío de la Puebla del Rio, Alcalde de la puebla, Señor Director Espiritual de la Hermandad, Hermanos Honorarios hermanas y hermanos, amigos todos. Queridos nietos

Quiero comenzar mostrando mi profundo agradecimiento al Hermano Mayor y a su Junta de Gobierno por encargarme la muy noble tarea de realizar este año el pregón rociero de nuestra Hermandad.

Agradecimiento que es doble, ya que el año pasado, aunque involuntariamente, os fallé, la cirugía y la radio, han dejado secuelas en mis cuerdas vocales, pero os aseguro que el cajón de los sentimientos sigue intacto y así pretendo demostrarlo con la lectura de este pregón.

Mi hijo, que estuvo en el pregón, me contó que el brillante pregonero, que me sustituyó, Venturi, comenzó su intervención recordándome, refiriéndose a mí como parte de su “familia rociera” y vaticinando mi presencia como pregonero en el siguiente año.

Querido Venturi, tengo que decirte en estos momentos que aquellas palabras me llegaron al corazón y siempre permanecerán en lo más profundo de mi alma rociera.

El escritor nicaragüense Sergio Ramírez, al que conocí hace algunos años, dijo en su discurso de aceptación del premio Miguel de Cervantes concedido hace algunos días que “narrar es un don que brota de la necesidad de contar algo”; y esa es exactamente la razón de lo que os voy a relatar a continuación; la necesidad de contaros, especialmente a los más jóvenes, una parte de la historia de la Hermandad que en su día forjamos juntos los hermanos de la Puebla y los de Málaga, que yo resumiría en dos palabras: vuestra acogida y nuestro cariño.

Hace cerca de cuarenta años, un vecino de la Puebla del Río que trabajaba en Málaga se empeñaba, cada vez que surgía el tema, en explicarnos la, para nosotros, compleja fiesta del Rocío que él había vivido desde muy pequeño con su familia.

Miguel Ángel Bizcocho, que en paz descansa, se esforzaba, con toda su capacidad de convencimiento, que no era poca, en decirnos, que no era sólo un acto religioso y tampoco una fiesta, una simple diversión, y que igual se le rezaba a la Virgen que se le cantaba, o ambas cosas a la vez.

Con independencia de los cientos de anécdotas que alumbraban su relato, no era fácil, siendo tan contradictorio todo lo que nos contaba, sacarle una explicación que resultase lógica y entendible, para las personas, que, aunque de mente abierta, no habíamos vivido una situación parecida.

Nosotros sólo podíamos asimilarlo o identificarlo a una gran feria, como en tantos pueblos de nuestra Andalucía con la lejana complicidad de su Patrona, en este caso, con la lejana complicidad de la virgen del Rocío,

Quizás fue la pasión que Miguel Ángel ponía en la descripción del camino o el brillo ilusionado que alumbraba su mirada, durante los largos relatos de sus personales vivencias, lo que al final hizo que le acompañáramos en el camino rociero de su muy querida Hermandad de la Puebla del Río.

Comprenderán cuál fue mi sorpresa, mi gran estupor, diría yo, al llegar aquella noche de mayo de 1980 o 81, no lo recuerdo muy bien, a la acampada de la Puebla en Tornero.

No sé si seré capaz de describir mínimamente lo que sentí entonces, porque los recuerdos me brotan sin ningún orden, se me amontonan de forma caótica. Todos reclaman su protagonismo, todos quieren situarse en primer lugar, ser los más importantes, los más trascendentes y los que más influyeron en mi nueva condición de rociero. Y seguramente todos lo sean, no lo pongo en duda, lo que, comprenderán, hace más difícil el relato coherente que ustedes esperan de mí.

Una tremenda sensación de complacencia plena, de manifestación colectiva de fe, un deseo de que lo vivido se hiciese eterno, unos días y noches sin más fronteras ni límites que el humano cansancio, un profundo sentido de la amistad, un respirar por todos los poros del cuerpo algo muy parecido a la felicidad soñada.

La confluencia, la conjunción, de una naturaleza llena de vitalidad y alegría durante el día y, realmente impresionante en la noche, sobre un suelo blando y acogedor, unida al comportamiento de unas personas sencillas, alegres, hospitalarias, solidarias y cargadas de fe, dan como resultado algo tan grande y a la vez tan difícil de describir, si no se quiere caer en un relato vulgar, como es el peregrinar hasta la aldea del Rocío con la hermandad de la Puebla del Rio.

Un antes y un después en mi vida, en la de mi familia y amigos, una fecha imborrable ya en el calendario de nuestra existencia (Cantar)

Yo no conocía el camino
Por sorpresa me trajeron
Y ya no entiendo la vida
Sin camino rociero

Si hay algún recuerdo de mi primer camino, que acude y se abre paso con más vehemencia en mí pensar rociero y que aún conservo vivo en mi retina, como si fuera ayer, fue mi descubrimiento de las candelas rocieras.

Yo vine al primer camino con Puebla, el último o el penúltimo año que se permitió a todas las hermandades rocieras, hacer noche juntas, el viernes en Palacio.

El espectáculo era inenarrable, realmente indescriptible y estoy seguro que por más adjetivos que utilice me quedaría realmente corto. Decenas, cientos de candelas diría yo, auténticas avenidas de candelas que intentaban dar su cobijo, su amparo, su acogida a cada grupo rociero.

Después de toda una noche, intentando asimilar lo que mis ojos veían, una larga e irrepetible noche, me fui dando cuenta que aquello que brillaba ante mis ojos era más, mucho más que un fuego.

Las candelas eran faros que iluminaban y transformaban los cansados rostros de los romeros, que embellecían aún más el semblante de las romeras, eran confianza, secreto compartido, intimidad que separaba a unos grupos de otros, aunque estuvieran a unos pocos metros.

Las candelas eran lazos de unión familiar, comienzo de amores nuevos, recuerdo de otros caminos y sobre todo imborrable recuerdo de los que nunca se fueron de la candela, aunque no estuvieran allí. Eran como la propia vida, que comienza con toda su fuerza y esplendor y se va consumiendo, poco a poco, dulcemente, hasta quedar reducidos a esos gratos rescoldos grises que aún son capaces de dar calor suficiente si te acercas a ellos y son capaces de guardar el mejor de los recuerdos.

Las candelas eran alegría compartida, cante, inestable equilibrio entre lo divino y lo humano, lo religioso y lo profano, a veces es silencio, a veces tumulto. Las candelas eran amistad, convivencia, acogida, risa y llanto a la vez y sobre todo amor, mucho amor a la virgen del Rocío y a su hermandad de la Puebla del Río. (Cantar)

A tí te quiero pedir

Ay candelas de Tornero

Que nunca se lleve el frío

La fe que dejó el romero

Comprendo y respeto las razones medioambientales y de seguridad que llevaron a la prohibición de las candelas, pero negar la importancia, la trascendencia de las candelas en los caminos rocieros, sería faltar a la verdad.

Uno de los momentos que nunca podré olvidar por más años que hayan transcurrido desde entonces, fueron las horas de camino que un reducidísimo grupo de personas hicimos con J.M. Moya.

Comprenderán que para quienes escuchábamos a los Romeros de la Puebla desde hacía muchos años y conocíamos la importancia que J.M. tenía como creador en el grupo, fuera una sorpresa que nunca pensábamos encontrarnos en nuestro primer camino.

Era algo impensable caminar con el maestro por aquellos maravillosos paisajes, acompañando al Simpecao, escuchándole cantar las sevillanas de entonces, acompañado de un pequeño tamboril, ofreciéndonos incluso alguna primicia que sería famosa en el futuro.

Su simpatía natural, su amor a todo la rociero y especialmente a su hermandad, su sencillez, su noble acogida a unos auténticos desconocidos como éramos nosotros es algo que caló en lo más profundo de nuestro ser y contribuyó de verdad a hacernos rocieros de la Puebla del Río.

Después, con los años, en diferentes caminos, fui conociendo a todos los Romeros, los oí cantar juntos y por separado, siempre integrados en la Hermandad, viví con ellos muchas anécdotas.

Seguramente no he podido olvidar aún, un año que, tras encerrar a la Hermandad al llegar al Rocío, se reunieron en una de esas pequeñas casas que todavía existían alrededor de la casa hermandad y ante el silencio religioso de unos pocos hermanos que allí nos encontrábamos, cantaron esa maravillosa sevillana “Cantaban a la virgen poemas...”, que aún no era conocida, pues el disco saldría posteriormente.

Por todo ello comprendí lo que me habían contado hacía mucho tiempo, que hablar de la Hermandad de la Puebla era hablar de los Romeros de la Puebla y hablar de los Romeros era ineludible referencia a su propia Hermandad.

Por ello no me resisto a contar una anécdota que vivió mi nieta en el Instituto de Benacazón, en el que actualmente realiza sus estudios. Un maestro que no era andaluz, les puso como tarea una redacción sobre un grupo musical. Uno de los alumnos le propuso hacerlo sobre los Romeros de la Puebla. Extrañado, el maestro le preguntó que ese grupo cuál era, y el alumno, el compañero de mi nieta, un joven de 13 años le contestó: “lo más grande, maestro, lo más grande”.

Desgraciadamente, el cincuenta aniversario de los Romeros de la Puebla no ha podido ser completo, un romero, Faustino, se nos fue. Permitidme, desde aquí, mi humilde homenaje a él de la mano de ese gran poeta andaluz, también recientemente fallecido, Pablo García Baena, premio de poesía F. G. Lorca, entre otros méritos.

*Hoy no estás aquí/ las flores del recuerdo/perfuman
mi dolor/con aromas de noche/
Y sobre el epitafio/ de mi corazón roto/no temblará
la estrella / de mi alegre esperanza.*

Pienso en ti y sonrío/ y me es grata tu memoria

Cuando volvimos a Málaga, después del primer Rocío, ya éramos algunos más los que relatábamos, a la primera oportunidad que se nos diera, las grandezas del camino, la sencilla grandeza de la peregrinación de Puebla del Río.

El boca o boca, el entusiasmo de los pregoneros fue dando sus frutos y, poco a poco, se fueron incorporando grupos de malagueños a compartir con vosotros estos días rocieros inolvidables.

Llegado un momento, fue la propia Hermandad de Málaga, aún en forma muy incipiente, la que se incorporara al camino con la Puebla, primero en el mismo cajón, unido a vuestro Simpecao y después en carreta independiente, pero caminando juntos.

Pasados algunos años, creo que, en 1986, la Hermandad de Málaga decidió realizar el camino de forma independiente, para acceder a la aldea del Rocío, desde la propia ciudad de Málaga, y así lo hizo.

En ese momento aparecieron los problemas, nuestro grupo, pionero del hermanamiento con la Puebla, recibía grandes y hasta cierto punto lógicas presiones, para incorporarnos al nuevo camino con la Hermandad de Málaga.

Creedme que no fue nada fácil, aunque también es cierto que no hubo titubeo ni duda alguna; con un cierto dolor, por tratarse de la ciudad que nos vio nacer y en la que vivíamos, nuestra decisión fue clara y rotunda: nuestra Hermandad rociera era la Puebla del Río, como decía la sevillana, así dijimos muchos malagueños “esta es mi gente señores...”

Hubiera sido inaceptable olvidar de golpe la cariñosa acogida que año tras año la Hermandad tenía con sus hermanos de Málaga e imposible deshacer los fuertes lazos de amistad creados tras algunos años de camino.

Desde mis primeros Rocíos, comprendí lo que podía significar, esa cara de pena que intenta sonreír sin conseguirlo, esa mirada levemente humedecida por un llanto que quiere contener y no siempre lo logra, ese gesto ausente, ese mirar a ninguna parte. Me refiero, a los que ven salir la Hermandad, pero ese año no pueden acompañarla.

El romero ve con miedo y estupor, cómo razones laborales, familiares o de enfermedad, van poniendo peligroso cerco a la FECHA, con mayúsculas, la más importante del año, sobre la que gira toda la ilusión rociera.

Resignado a la dolorosa ausencia, el peregrino intenta paliar su lejanía, echando mano a todo el imaginario, a toda la simbología que trate de suplir su imposible presencia física.

Llévate mi medalla, le dice al amigo o la amiga, convencido de que, si alguien porta el símbolo de su fe rociera, él o ella estará presente también. Después, le pide que cante su sevillana preferida, en aquel maravilloso lugar del camino, que tan bellos e intensos recuerdos le trae, después un brindis y, por último, le pide una oración ante la Blanca Paloma.

CANTAR

Dile por Dios romero

*Dile al puente el Ajoli/me guarde entre sus maderas/
porque yo no puedo ir/ una salve rociera*

A aquel joven de treinta y pocos años que acudía al camino con su mujer y sus amigos, pronto, más tarde de lo que ellos hubieran querido, se le incorporaron sus hijos, sus sobrinos y los hijos de sus amigos.

Su implicación con la gente joven de entonces de la Hermandad fue increíble, rápida y profunda hasta el extremo de no verlos apenas por el camino.

Venturi, Inés, Antonio, Iván, José Ramón, Rocío, Ángel, José Francisco y un largo etc., eran sus nuevos amigos, de los que aprendieron a hacer el camino, a cantar, a reírse juntos, a sufrir y a conocer algo, que, siéndoles tan ajeno hasta ese momento, les entusiasmaba tanto. Todavía hoy, solo saben cantar cosas de la Puebla y conservan la amistad y el cariño forjado en aquellos primeros e inolvidables años.

No saben con qué alegría recibí la incorporación de mis hijos, a este mundo mágico. (Recitar)

*Te voy a enseñar a cruzar/ las miserias de la vida
/como cruzas el rio Quema / con las mismas alegrías*

*Rocío tú no te acuerdas/Rocío de aquel chiquillo
/por quien tanto te he rezado/se ha hecho un
hombre a mi vera / y a tu reja está agarrao.*

*O con que naturalidad y lenguaje cariñoso le dije a la
Sra. que mi hija venía al Rocío.*

*No te enceles tu Rocío/porque yo te mire
menos/que este año hace el camino /la niña que yo
más quiero/*

*Fue tanto lo que te hablé / de su cara y de su
risa/tantas cosas te conté/ que hacerla yo rociera/
es lo que siempre soñé.*

El día en que aparecieron mis hijos, me sentí realmente privilegiado, pues desgraciadamente, había otros padres en la Puebla que no podían decir lo mismo. Me refiero a aquel desgraciado accidente entre las carriolas, que costó la vida a un jovencísimo chaval.

Recuerdo perfectamente, cómo antes, las hermandades pasaban directamente del camino por delante de la ermita, donde se hacía una parada para cantar y así saludar a la virgen y decirle, como se hace con todas las madres, que habíamos llegado bien. Ese año, pasamos delante de la Sra. en silencio, en un profundo y escalofriante silencio, sólo roto por los callados sollozos de los peregrinos, rindiendo

así mudo homenaje al joven romero que nos abandonó para siempre. (Recitar)

*La Puebla viene en silencio/ y el puente lo
comprendía/ y al llegar al Ajolí /ni sus maderas
crujían.*

*Y al levantar la cabeza/cuando contuve mi llanto/vi
que la Blanca Paloma/ lo recogía en su manto*

Hacer el camino con la Puebla, llegar al Rocío con ella es vivir y compartir sentimientos tan nobles, tan grandes y a la vez tan sencillos, como lo son la alegría, la fe, la amistad, el dolor por los ausentes, la pena.

El romero peregrina cargando con todos esos sentimientos, entremezclados, confundidos y siempre presentes. Hay momentos en que unos fluyen más que otros, algunos se ocultan tímidamente intentando no mostrarse ante los demás, aunque ello no significa que pesen menos o sean menos importantes para el romero.

Coincidiendo con la personalidad de cada uno, así se tratan de expresar esos sentimientos. (Recitar)

*Es rociero el que le grita “guapa”/delante de to la
gente/ y el que dice entre sollozos/Dios te salve
solamente.*

Una de las cosas más llamativas para el que se incorpora de nuevo a este mundo mágico y maravilloso del Rocío con Puebla, es ver como la identificación, la confusión del romero con la naturaleza es tal, que el imaginario rociero atribuye a la flora, al paisaje que le rodea, incluso a algunos animales, facultades reservadas solo a los seres humanos.

Su fe le lleva a relatar convencidos, que los juncos de la orilla del Quema le cantan a la virgen, que las palmeras lloran su ausencia, que los pinos se estremecen al verla pasar, que las flores del entorno sueñan con flotar en el río Quema para tocarla y acompañarla, que los bueyes lloran emocionados al contemplar en el oscuro espejo del río reflejado su Simpecao, que la noche viene por el aburrimiento del sol, o asisten, tomando claro partido, a la acalorada discusión entre la rosa del parque y el lirio de las marismas o le atribuyen a un viejo y cansado acebuche, la noble función de darle a la Virgen la bienvenida el lunes por la mañana.

(Cantar).

“Hay un acebuche viejo...”

Las manifestaciones de fe colectiva, como es el Rocío, son algo realmente entrañable y te

transportan a un mundo lejano, ausente del egoísmo propio de la supervivencia, ajeno a nuestro devenir diario. Pero no podemos olvidar, pese a su colectividad, que lo conforman el conjunto de las actitudes individuales de los romeros.

Siempre me gustó y sorprendió a la vez, que cuando un periodista saca las imágenes de un colectivo importante, la acompaña de un pequeño recuadro con la actitud individual de una de las personas que forman parte de ese colectivo.

Por eso quiero referirme, dentro de esta explosión global de reconocimiento y de fe, a un romero al que encontré solo, en invierno, en un día ventoso, en el que como decía el poeta” la tarde ponía su mano fría sobre las cosas”, caminando su soledad por la Raya Real.

Nunca podré olvidar su gesto serio, harto de escuchar silencios, su mirar ausente, como con el pensamiento puesto en otro lugar, su andar pausado, y a la vez firme y seguro de quien tiene clara consciencia que cumple complacido una obligación, una promesa, por algo importante que le pidió a la Virgen. Nunca pude imaginar en un escenario tan poco acogedor, tanto amor a los suyos, tanta fe. (Recitar)

*Estaba solo y arrecio/ en la arena arrodillao/donde
durmieron los bueyes /donde estuvo el simpecao.
No eran gotas de rocío /es que los pinos lloraban /
no habían visto tanta fe/ni tanto amor por la raya*

Los surcos de los carriles/viene el viento.....(cantar)

Siempre me impresionaron algunas imágenes, no fáciles de percibir a simple vista, que las captas, cuando estas realmente integrado en el camino, cuando tienes especial interés en averiguar la totalidad de lo que hay detrás de esa gran manifestación, cuando quieres llegar al fondo. Son imágenes que acuden a tu mente llenas de contradicciones o, mejor dicho, convertidas en una contradicción en sí mismas, una de las tantas paradojas e incoherencias del sentir rociero.

Cómo es posible, me preguntaba, ironías de la vida, que entre tanta gente, entre tanta alegría, entre tanta amistad, haya lugar para un sentimiento tan personal y antagónico como la soledad, el desamparo, la pena.... (Recitar)

*He visto la soledad/caminando entre el gentío/toda
vestida de negro/con dos medallas colgadas/y
ayuntada a sus recuerdos.*

Y pude ver el sereno dolor que alumbraba su rostro, aunque no por ello había perdido un ápice de su dulzura, de su dignidad, de su fe, de su esperanza. Algo tan necesario, tan vital, pues como dijo el poeta:

*“hasta el peso de los brazos cansa, cuando siempre
se los tuvo pa bajo, recogiendo tiempo vacío de
esperanza”*

Y es que la pena es un sentimiento noble y a la vez incontrolable, que es capaz de aflorar precisamente, cargado de ironía, cuando más grande es la alegría del colectivo que te acompaña. Porque el recuerdo, el pesado recuerdo, es más fuerte, que la propia y desbordante realidad, “instante de dolor secreto” diría el poeta. O como escribió Gerardo Diego:” el vacío me ronda y me modela/todo en torno me huye y hasta el aire se desvanece”.

Esas escenas, si eres buen observador, se repiten con insistencia: el que venda sus ojos renunciando a ver el maravilloso entorno que le rodea, contemplando solo lo que su imaginación le dicta:

*“cierro mis ojos y abro mis oídos/ la creación renace
de mis cerrados parpados / invento el aire, el cielo,
la montaña...”*

O el que voluntariamente ha renunciado al uso de la palabra y transita incomprensiblemente mudo todo el camino, o incluso un año un conocido peregrino de esta Hermandad hizo la promesa de renunciar y renunció a algo tan esencial y vital como el mismo sueño.

Son escenas lorquianas que conforman también o que complementan, la realidad jocosa, alegre y divertida que aparece en primer plano de cualquier escena rociera.

Decía Federico García Lorca que en su libro el Romancero Gitano no había más que:

*“un personaje grande, que es la pena, pena que se
filtra en el tuétano de los huesos y en la savia de los
árboles y a veces no tiene nada que ver con la
melancolía ni con la nostalgia que es un sentimiento
más celeste que terrestre; pena andaluza que es una
lucha de la inteligencia amorosa con el misterio que
la rodea y no puede comprender.”(Recitar)*

*Yo vi la pena brotar /de
los ojos de un romero/ imaginando a su hermano /
en las marismas del cielo.*

Las penas mías (cantar)

Hay momentos en el Rocío, en los que tienes la sensación de que una fuerte paz interior te invade, que se apodera de ti, como decía al principio, algo muy, muy cercano a la felicidad. Son instantes que te gustaría que no terminaran nunca, que no acabaran jamás.

Ello puede ocurrir en los actos y lugares más solemnes, musitando, por ejemplo, esa callada oración ante la virgen al llegar al Rocío, contemplando las lágrimas del boyero, cuando después de tantos y tan largos días, logra llegar con el Simpecao a la casa de HERMANDAD, o puede aflorar en los lugares y momentos más sencillos e inesperados, cuando surge algo, una frase cariñosa, una sonrisa, una canción, un paisaje. A veces el duende asalta en plena noche, cuando se abren los ojos frente a la oscuridad y oyes una copla lejana o te sorprende un maravilloso recuerdo que te transporta a otro plano, a un plano de satisfacción y de bonanza inesperada, del que no desearías salir nunca.

Llegas a plantearte, al desearla tan fervientemente, la inhumana posibilidad de que el reloj se pare, detener el tiempo. Como eso es imposible, solo le

queda al romero el imborrable y eterno recuerdo y que sean sus anhelos los que duren eternamente.

(Cantar)

Tiempo detente.....

El recuerdo de los que se fueron forma parte inseparable del inmenso amor y la fe rociera de los romeros de la Hermandad de la Puebla del Río.

Un recuerdo terriblemente doloroso y negro al comienzo de la ausencia y que, poco a poco, con el paso de los años, se va dulcificando, mitigando, calmando, aunque nunca llega desaparecer, ni nosotros permitimos que eso ocurra.

Lo malo es que después de tantos años de Rocío, el número de los que se fueron se ha ampliado de tal manera, que los recuerdos de los maravillosos momentos con ellos vividos, constituyen una pesada carga para el peregrino.

(Recitar)

*Yo juré no volver más / al ver que tantos romeros/se
fueron por un camino/ desde el que nunca
volvieron.*

*Yo prometí no volver/al ver que por el
camino/pesaban más mis recuerdos/ que los propios
peregrinos.*

Pero, consciente el romero de que el recuerdo es inevitable y necesario, pues las personas solo fallecen realmente cuando se les olvida. Se sobrepone, formula un brindis mirando al cielo, arropado con palabras cariñosas o relatos de anécdotas con ellos vividos y vuelve a sumirse en el ambiente amable que le rodea. Vuelve a compartir la alegría de todos, procurando, como el ausente hubiera querido, que nada le impida disfrutar de lo que ya es parte de su vida, peregrinar al Rocío con la Hermandad de la Puebla del Río.

Hace ya muchos años, escribí una carta dirigida a mi amigo Emilio Mejía, cuando falleció, Emilio, aunque por poco tiempo, fue también hermano Mayor de nuestra Hermandad.

Con su lectura, rindo sincero homenaje a él y a todos los amigos rocieros que nos abandonaron, y especialmente a M.A. Bizcocho y Agustín Escámez con quienes hice el primer camino , a mi querido hermano Andrés, a nuestro inolvidable Tato, a Toti y Loli esas sencillas rocieras, al bueno de J.A. Espejo, al siempre recordado Julio Montaña, al veterano alcalde de carreta, Pepe Frasco, que con tanto cariño y amabilidad nos acogió durante tantos años

Mi querido y añorado amigo:

De entre todo el complejo abanico de sentimientos que despierta cada año el Rocío entre los romeros, quiero destacar, como realmente sobresaliente, el sentimiento de la amistad.

Por eso en estos días se hace inevitable y deseado, el recuerdo emocionado de los rocieros que ya nos dejaron, de los buenos amigos que compartieron con nosotros los grandes e inolvidables momentos del peregrinar rociero con la Puebla del Río.

Para todos ellos, sean estas letras, recuerdo y a la vez oración y homenaje, que sólo tienen la pretensión de contribuir, si ello fuera necesario, a

mantener viva la memoria de quien, desde luego, no merece el

Mi peregrinar empieza poniéndome tu medalla, ese trozo de ti con la que tu gente me honra todos los años. Privilegio que solo tuvo la Virgen del Rocío que lo llevó en el simpecao el año que tú te fuiste.

En esta fiesta, tan cargada de simbolismos, es la medalla el emblema de la casta rociera; por su color y forma sabrás a que Hermandad pertenece y por lo gastado de la silueta y los desvaídos colores de su cordón conocerás su edad rociera, no siempre coincidente con la edad civil.

Volveré este año a contar una y mil veces los momentos por ti vividos en el camino de la Puebla, y seguro, que cuando ya se esté agotando la candela, volveremos a hablar otra vez de tu caballo, y alguien comentará que te seguirá siendo fiel en las marismas eternas.

Musitaré unas palabras de la salve rociera, pues mi garganta ya estará rota, mientras los bueyes, orgullosos por llevar el Simpecao, se miran humildes y asombrados en el espejo a veces ennegrecido del Rio Quema.

Elevaré levemente mi vista al cielo, con esa obsesión que tenemos los mortales de situarlo todo físicamente, intentando dirigirte, con mi recuerdo, unas cariñosas palabras.

Y llegaré a la Ermita, con la hermandad de la Puebla, arrastrando mis cansados pies, rompiendo con mis pasos ese tapiz de arena que ante la Virgen se forma, y que no es más que la alfombra, verdadera confluencia de caminos, tejida por los peregrinos llegados de todos los rincones de nuestra Andalucía.

Seguramente no podré contener unas lágrimas al recordarte ante la Blanca Paloma.

Ha sido un camino maravilloso, será un recuerdo que intenta alejarse y yo no lo dejo.

*Desde el cruce hasta Tornero/los pinos se
preguntaban/ es que no ha venido al camino/ es que
este año faltaba/ y nadie decía na / y hasta los
bueyes callaban/ y agachaban la cabeza pa que el
llanto no notaran. (Cantada)*

Por el lógico respeto a la solemnidad de este acto y al lugar en el que se celebra, no he querido

referirme al Rocío jocoso, alegre y divertido, adobado con cientos de bromas y anécdotas, nacidas de la gran amistad y compañerismo surgida entre la gente de Puebla y los romeros malagueños.

No puedo, no obstante, olvidar el tremendo estruendo surgido del cañón de carburo que un “gracioso” se llevaba al camino para “acompañarnos” en las acampadas rocieras.

Tampoco olvido, la dificultad para conciliar el sueño, puesto que cada vez que ibas a la carriola a dormir, al poco tiempo aparecía Catono o Paco Naranjo, o cualquier otro a contarnos la última ocurrencia, el último chiste, la última broma, transgresora por supuesto, surgida en los mismos rescoldos de la noche rociera. Al día siguiente la ronquera será más grande y debida más a la risa que al propio cante.

Mi agradecimiento a los romeros que tan maravillosamente me han acompañado con su cante, engrandeciendo este humilde pregón.

Mi reconocimiento a esos hermanos de la Puebla, que con su constancia han conseguido que, con la celebración de este acto, no sea ya posible olvidar esa parte de la historia de la Hermandad, que en su día forjamos juntos. Vuestra acogida y nuestro cariño.

Reiterar mi gratitud al Hermano Mayor y a la Junta de Gobierno de la Hermandad la confianza depositada en mí.

Y a vosotros, mi reconocimiento y mi cariño por vuestra atención y respeto a este recorrido por los paisajes, sentimientos y personajes, que de alguna forma marcaron mi profundo amor a la Hermandad rociera de la Puebla del Río.

Un recorrido íntimo pues, como decía el poeta, “lo más íntimo es seguramente lo más universal”.

Alguien dijo que la palabra es la llave para acceder al alma del mundo, yo he intentado con mi humilde verbo rozar vuestra profunda alma rociera, y espero haberlo conseguido.

Rezando con mis coplas(Cantar)

*A ti te quiero pedir
Cohetero de mi Hermandad
Que anuncies a los romeros,
Que el camino va a empezar*

¡¡Viva la virgen del Rocío!!

¡¡Viva la Hermandad de la Puebla del Río!!